REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I. 5 de Junio de 1872. Núm. 28.

ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

X.

Otro cabo de la misma madeja.

Sebastian no habia querido decir á su señor, al verle la noche antes pensativo y de mal talante, el encargo que le habia hecho Gaston, el escudero del marqués. Tentaciones de ello tuvo, y deseos no le faltaron, pero cuando Mendoza lo despidió para casa, al llegar frente al palacio Sandoval, se alegró de no haberlo hecho, pues quizá hubiera privado á su amo de sus nocturnas distracciones por acudir á las de su amigo el marqués.

Pero al dia siguiente fué ya otra cosa cuando vió á su amo que se levantaba de buen humor y con semblante que rebosaba satisfaccion. Entonces el fiel escudero quiso enmendar su falta haciéndola pasar como un olvido, al que Mendoza no tuvo nada que objetar pues lo que habia conseguido por no acudir al llamamiento de su amigo resultaba mas en beneficio de este.

Mendoza despues de haber trazado su plan, mandó que engancharan el coche y se hizo conducir al palacio que habitaba el duque del Carpio en la calle de Fuencarral. El ministro estaba, como de costumbre, en el Buen Retiro, y en cuanto al marqués habia salido muy temprano á ejercicios militares con su regimienio que iba á ser destinado á Portugal.

Mendoza solo encontró á Vadillo el secretario particular del duque trabajando en el despacho de este.

—Bien venido sea el ilustre D. Alvaro de Mendoza, dijo el secretario levantándose al verle entrar.

—Ola Vadillo, qué hay de bueno por aquí?

—Algo que no es nada satisfactorio. Pero ¿que no os sentais?

—Venia en busca del marqués.

—El marqués ha salido muy de mañana.

—Y cuál es la novedad que ocurre?

—A vos os la comunicaré, D. Alvaro, aunque la cosa pertenece por completo á la justicia.

—Decis que pertenece á la justicia?

—Sí señor, el alcalde de casa y corte D. Pedro de Orozco está instruyendo proceso sobre ello.

—Y sobre qué?

—Sobre ciertas hazañas de una dama de la reina, muy bella y por la que no teneis grandes simpatias.

—Su nombre.

—Doña Inés de Olmedo.

—La antigua amada del marqués?

—La misma.

—Contadme todo lo que sepais de ella.

—No es mucho pero D. Pedro de Orozco os dará mas pormenores si acaso le conoceis.

—Le conozco, pero decidme los vuestros.

Vadillo refirió á Mendoza la misteriosa cita que el escudero Anselmo Gracian habia dado á D. Luis, la conferencia secreta celebrada entre los dos; las pruebas que debia contener el cofrecillo que el ministro se llevó; la llamada al alcalde Orozco y el proceso que esta habia incoado por órden de D. Luis de Haro.

Mendoza escuchó atentamente toda la relacion, y comprendiendo que aquello era un nuevo hilo que se le presentaba para desenredar la intriga fraguada contra el marqués, se dispuso á practicar nuevas investigaciones á ver si conseguia desbaratar aquella trama infernal.

Despidióse de Vadillo sin dejar recado alguno para el marqués, salió del palacio del ministro, entró de nuevo en su coche y dijo al lacayo:

—A la calle de Leganitos, casa D. Pedro de Orozco.

El carruage partió, y un cuarto de hora mas tarde se apeaba Mendoza á la puerta del alcalde Orozco.

—Deseo ver á D. Pedro, dijo á un corchete que habia en el último peldaño de la escalera.

—Puede pasar useñoría, contestó el interpelado saludándole y abriendo la mámpara.

Era Mendoza demasiado personage para que no se le atendiera y respetara, así fué, que el alcalde de casa y córte dejó los papelotes que entre mano tenia y despidió al escribano á quien estaba dictando una providencia en aquel momento.

—¿A qué debo la honra que el Sr. D. Alvaro de Mendoza favorezca mi pobre morada?

—Voy á ser breve, Sr. Orozco, porque sé cuanto vale para vos el tiempo.

—En efecto, los muchos desmanes que se cometen en Madrid me tienen por demás ocupado.

—Y no hay tambien entre vuestros procesos alguno de carácter reservado?

—Para vos, D. Alvaro, ninguno, porque en primer lugar sé hasta donde llega vuestra caballerosidad, y por otra parte os debo tantos favores que me huelgo en que se haya presentado ocasion de pagaros alguno. Preguntad, pues, y satisfaré vuestra curiosidad, porque aunque falto á mi deber revelando lo que debe permanecer secreto por ahora, sé que no arriesgo nada en ello, y sois además demasiado leal para no comprender toda la responsabilidad que sobre mí pesa.

A su vez Mendoza reiteró á Orozco las mayores seguridades, y por él supo cuanto le convenia saber en el asunto relativo á doña Inés.

El objeto ó motivo por el que la viuda, con un talento digno de ser empleado en mejor causa, urdia tan hábil intriga, no lo podia conocer Orozco, porque no estaba acostumbrado mas que á estudiar el grado de criminalidad que resultaba contra todos los que caian bajo el imperio de la ley. Asi fué, que Mendoza no quiso darle ciertos pormenores y sí solo le ofreció ayudarle á conseguir pruebas indudables del delito que se trataba de castigar.

—Voy á mandar prender á ese Rolando que tiene D.ª Inés por escudero y que resulta ser.....

—Callad, por Dios, y guardaos mucho de hacer eso. No es hora todavia, y si precipitais los acontecimientos nada conseguireis. Yo pondré á Rolando en vuestras manos.

—¡Cómo! ¿Vos?

—Yo mismo. ¿Que os admira?

—No os creia tan interesado en este asunto.

—Lo estoy mas de lo que os figurais.

—Por el marqués sin duda!

—Sí.

—Pues estoy dispuesto á hacer cuanto me digais. Me entrego á vuestro talento y discrecion.

—Nunca esperé menos.

Mendoza se despidió del alcalde, al que ofreció verle ó avisarle oportunamente, y contento con el resultado de su entrevista, se hizo llevar al Buen Retiro para asistir, como hacia todos los dias, á la antesala del rey.

En el Buen Retiro no encontró al marqués, ni pudo tampoco saber nada de él.

—¡Qué importa que él viva descuidado, si yo velo y preparo el golpe con que he de contrarestar la cobarde estocada que le dirigen sus enemigos, ¡Ah! ¡Doña Inés, Doña Inés! al fin te tengo cogida en tus propias redes!

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

ESTUDIOS SOCIALES SOBRE LA MUJER.

—

LA ABNEGACION.

La abnegacion es la antítesis de egoismo.

El egoismo es cualidad del hombre; la abnegacion lo es esencialmente de la mujer.

Consiste la abnegacion en el sacrificio continuo de sí mismos y esto lo práctican las mujeres á todas horas del dia y en todos los estados de su vida.

El corazon femenino es un manantial inagotable de amor.

Cuando una mujer ama de veras, ama, desinteresadamente, nunca por cálculo, nunca por satisfacer una ruin pasion.

Jamas una mujer es indiferente á los sentimientos agenos y en esto consiste su bondad.

Su abnegacion no tiene límites: es un rocío bendito que fecunda su corazon, y se advierte esta noble cualidad lo mismo en la encopetada señora que en la mujer del pueblo.

Hay en esa clase baja algunas mujeres que son maltratadas físicamente por sus maridos y si algun estraño interviene en la querella conyugal y dolido de la víctima increpa con dureza al marido por su mala accion, olvida al punto la mujer su dolor y su resentimiento para salir á la defensa de su tirano.

Esto lo vemos frecuentemente, y es uno de los mas grandes rasgos de abnegacion que aparecen espontáneos en esas pobres mujeres que obran solo por instinto, dejándose llevar de sus impulsos naturales.

En todos los actos de la vida de la mujer, se ven rasgos de abnegacion: ella no tiene nunca voluntad propia; de niña sacrifica sus gustos á las rarezas ó á los caprichos de sus padres, de casada los sacrifica á su marido y al amor de sus hijos.

La energía, la voluntad perseverante y firme, no es patrimonio de la mujer en abnegacion y siempre ofrece el egemplo del bien ageno antes que el propio.

No se adquiere esta cualidad magnánima, ni se aprende, ni se imita por consecuencia del ejemplo, es innata al sexo femenino. Se ve en la cuna dos pequeñuelos, niña y niño. y mientras este rabia y patalea dando muestra de un genio díscolo y egoista desde la primera edad, aquella sonrie demostrando con angelical mansedumbre su apacible condicion, sin inquietarse por que atiendan antes que á ella al voluntarioso pequeñuelo.

Mas tarde en sus juegos infantiles, se las ve siempre ceder y someterse á la voluntad de sus hermanos, defendiéndoles si son acusados y ocultando sus defectos y sus faltas aun á riesgo de ser castigadas á causa suya, por evitar que ellos lo sean.

Esta es la regla general: hay escepciones lamentables, pero son raras y hay niñas tambien contaminadas por malas pasiones, por la envidia, por la soberbia y por otras que es preciso combatir desde la primera edad; pero lo frecuente, lo natural, es la abnegacion, la bondad, el sacrificio de sí mismas en las niñas que siguen el movimiento de su corazon.

Mas tarde cuando llega la adolecencia, cuando empieza á sonreirlas el destello luminoso de la primera juventud, se desarrolla mas estensamente esa cualidad preciosa de la mujer.

En la primavera de la vida toda aparece risueño á nuestros ojos; el cielo tiene siempre colores esplendentes, esmeraldas los campos y suaves brisas los espacios, el mar gime melancólicamente, no ruge, ni los atronadores ruidos de la tempestad existen para nosotras.

La tierra es de color de rosa por que nos sonria la felicidad.

En este estado los sentimientos de la mujer son purísimos, celestiales, todo amor, todo sacrificio, todo armonias y soñados deleites.

La esperanza, esa diosa de nuestra vida, nos inunda con su espléndida luz, tiende sobre la adolescente su manto de esmeraldas; y la dice *ama, el cetro del mundo es tuyo!!*... Y la inocente ama á todo cuanto la rodea, y el amor es la abnegacion.

Antes de que se hayan desvanecido los sueños de la adolescente, la mujer es esposa, es madre, y aquí se desarrolla por completo ese tesoro infinito del corazon de la mujer.

Aquí toma cuerpo, se hace palpable, poderoso, irresistible. Empieza por formar la base del caracter material y acaba por hacerlo mártir del deber, víctima resignada y dichosa de la tiranía de los hijos, que inconcientemente, las mas veces, imponen á las madres sacrificios dolorosos. Antes de darles á luz ya soportan sus crueles angustias con infinito placer por amor á ellos; por el temor de molestarlos, se privan de hábitos y de costumbres que han tenido toda la vida, se abstienen de los placeres y hacen continuamente el sacrificio de sus gustos por aquel tierno ser que no conocen todavia.

En el corazon de las madres es donde se ve desarrollada en toda su plenitud esa su-

blime cualidad que nos da idea de lo bello, de lo bueno, de lo angélico, de lo santo.

A los que tienen formada de la mujer mala opinion, ó los que la juzgan duramente quizá porque han tenido la desgracia de encontrar en su camino alguna escepcion, les exhortamos á que estudien este sentimiento que se abriga en el corazon femenino, aun en aquellas mujeres dotadas de los ruines defectos de la envidia, de la frivolidad y de la soberbia.

Tambien hasta estas se estiende el benéfico influjo de la abnegacion, dando á sus odiosos caractéres los pocos rayos de luz que las ilumina por intérvalos, formando el claro-oscuro de su enmarañado fondo.

Las malas pasiones, cuando están muy arraigadas, prevalecen y toman una preponderancia grande en la naturaleza débil de la mujer; pero antes han luchado con las buenas, sobre todo con la abnegacion, con la bondad, que como hemos dicho ya, no se inspira, ni se aprende, nace con la criatura, está encarnada en el espíritu de la madre que las trasmite desde luego á las hijas de su amor.

Nada hay mas doloroso para la mujer que la pérdida de su juventud, cuando ve terminar su reinado; es el mayor motivo de afliccion que puede sentir; los homenages desaparecen, las sonrisas de felicidad se convierten en decepciones, ya el mundo no es de color de rosa, enlutados crespones velan el cielo azul de la dicha, y empiezan á sentir las tempestades del horrendo mar de la vida que en torno nuestro se agitan, y sin embargo, mientras las envidiosas y las frívolas luchan y se revelan contra esta ley natural, las madres con la sonrisa en los labios, llenas de bondad, de abnegacion, entregan sin pesar á sus hijas el cetro de ese reinado efímero, el poderoso atractivo de su bella juventud, de la primavera deliciosa de su vida, y frágil barquilla sin vela ya ni timon, se retiran á la playa, dejando de tomar una parte activa en los placeres y resignándose á vivir en la sombra. Dejan gustosas que su espléndida luz ilumine á sus hijas, coronando con los rayos de su amor el horizonte de su ventura.

En ellas se ve reproducida, despues en los nietecillos, y esta es la gloria mas grande, la mas inmensa dicha para el corazon de la mujer; de la mujer buena, de la que lleva en sí el germen misterioso de las virtudes sublimes, de la que ha conocido el mundo por su lado bello y sin manchar la blanca vestidura de su inocencia en el lodo de las pasiones ha recorrido la senda espinosa de la vida con pié firme y sereno paso, llegando al puerto apoyada siempre en su bondad, en su abnegacion que la han dado por riquísimo fruto el amor de sus hijos, el respeto del esposo, la admiracion de los estraños, y la paz del justo en sus postreros dias, ceñida su frente con la aureola sublime que presta al alma al desprenderse de su humana cárcel, la sacrosanta pureza de una conciencia inmaculada.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA MARIPOSA.

¿Dó vas mariposa errante
sutil bella y vagorosa,
volando de rosa en rosa
en el mas grato pensil?
¡Ah! tú vuelo me recuerda
de mi infantil bienandanza
la placentera bonanza
que alentaba mi existir.

Yo jugaba entre las flores
de la alfombrada pradera
oyendo al ave parlera
con encanto singular.
Y al ver una mariposa
que iba luciendo sus galas,
ansiando tocar sus alas
la seguia sin cesar.

Ya intranquila se posaba
en las flores ó en su suelo,
ya alzaba su incierto vuelo
y alejábase de mí.
Tornaba en revuelto giro,
yo de nuevo la seguia
y veloz desparecia
burlando mi frenesí.

Así mis sueños huyeron
que tan risueños pasaron,
tan solo de ellos quedaron
recuerdos débiles ya.
Por eso al ver mariposa,
tu curso, que sigue mi alma,
suspiro la dulce calma
de aquella dichosa edad.

FRANCISCO PEREZ.

EL ORCO.

(Continuacion.)

Exacto á la cita, el jóven llegó á la plaza al otro dia en el momento que el reloj de la iglesia daba las once, en donde le aguardaba la enmascarada, de pié en las gradas de la puerta.

—Muy bien, le dijo, sois exacto; entremos, y se volvio bruscamente hácia la iglesia.

Franz, que sabia que la puerta no se abria á nadie por la noche, creyó que aquella muger estaba loca, pero su sorpresa fué estrema al ver que la puerta cedía al primer empuge. Maquinalmente siguió á su conductura, la que cerró rápidamente la puerta despues que él hubo entrado. Los dos se encontraron envueltos en las mas profundas tinieblas. Franz al oir que se cerraba la segunda puerta que separaba la nave no concibió ningun temor, disponiéndose á pasar delante, cuando ella le dice bruscamente asiendo su brazo. No habeis venido nunca á esta iglesia?—Veinte veces, contestó Franz, la conozco tambien como el arquitecto que la dirigió.—Creereis conocerla porque en realidad no es así: entrad!

El jóven penetró en el interior. La iglesia estaba magníficamente iluminada, y completa mente desierta.

Qué ceremonia vá á celebrarse aquí? preguntó el Conde estupefacto.—Ninguna: esta noche aqui me pertenece todo.

Franz no penetró el sentido de las palabras que le dirige la enmascarada pero subyugado por su influencia misteriosa, la siguió con obediencia.

Ella le enseñó lo mas notable haciéndole admirar y comprender el órden general; despues pasaron al exámen detallado de las columnas, la capilla, los altares, las estátuas, y los cuadros, haciéndole saber la idea que encierra cada cosa, lo que le hizo sentir y admirar las bellezas de las obras acabadas. Franz escuchaba con atencion religiosa las palabras elocuentes de aquella boca que gustaba instruirle, reconociendo de momento en momento lo poco que él habia comprendido antes el sinnúmero de obras primorosas que le habian parecido fáciles de juzgar.

Cuando ella acabó, las luces del alba penetraba á través de los vidrios, haciendo empalidecer las luces de las lámparas.

La enmascarada no revelaba cansancio ninguno á pesar que durante toda la noche estubo hablando, permaneciendo de pié: Su frente solo se inclinaba hácia su seno, que se movia con violencia, pareciendo escuchar los suspiros que exalaba.

De repente levantó la cabeza, y elevando sus brazos al cielo, esclamó. ¡Oh! Esclavitud ¡Esclavitud!.... Y al decir esto dos lágrimas rodaban por bajo de su careta, viniendo á caer sobre los pliegues de su negro vestido. Por qué llorais, la preguntó Franz aproximándose.—Pero ella se limitó á contestarle: hasta mañana que os espero delante del Arsenal, á media noche; y salió por una de las puertas laterales de la izquierda que se cerró en silencio. En aquel instante el Angelus suena, Franz sobrecogido por el sonido inesperado de la campana, se vuelve y vé que todas las luces han sido apagadas, permaneció algunos segundos inmóvil y sorprendido y al volver de su pueril temor, salió á la calle por la puerta principal que los sacristanes acababan de abrir, tomando lentamente el camino de su casa.

¡Cuánto deseaba adivinar quién podia ser aquella muger, tan valiente, tan poéticamente artista, tan magestuosa, y tan sencilla en su modo de espresarse!

A la noche siguiente eran las doce cuando Franz la vió esperándole, como la víspera, y sin decirle nada, echó á andar delante de él, con bastante rápidez: el jóven la siguió.

Al llegar á una de las puertas de la derecha, la máscara se paró he introdujo en la cerradura una llave de oro que Franz vió brillar á los rayos de la luna: abrió sin hacer ruido, y entró la primera, haciendo un signo al Conde para que la siguiese. Era preciso resolverse en un instante. Penetrar de noche en el Arsenal sin mas ayuda que una llave falsa, era esponerse á que le formasen un consejo de Guerra si le llegaban á descubrir, y juzgaba imposible penetrar en un sitio poblado de centinelas sin que esto sucediese; mas viendo á la máscara que se disponia á cerrar la puerta ante él, de pronto se decidió á seguir la aventura en todo, y entró.

La muger misteriosa le hizo atravesar muchos patios, despues dos corredores, y dos galerias, abriendo con su llave de oro, todas las puertas que se oponian á su paso.

Acabó por introducirle en unas vastas salas llenas de armas de todas épocas que habian servido en las guerras de la República tanto á sus defensores, como sus enemigos.

Las salas se encontraban alumbradas por fanales marítimos, colocados á iguales distancias entre los trofeos.

Le enseñó al Conde las armas mas nota-

bles y célebres, diciéndole el nombre á quienes habian pertenecido, y en los combates en que fueron usadas, imponiéndole en detalles de los mas memorables hechos. Este relato hizo revivir ante la imaginacion de Franz toda la historia de Venecia.

Despues de haber visitado las cuatro salas consagradas á esta esposicion le llevó á una última, mas vasta que las otras, y alumbrada como ellas, en donde se hallaban las maderas de construccion y los restos de diferentes navios, de todos tamaños y formas, entre ellos parte de la arboladura del último *Bucentauro* y lo mismo que las otras salas esplicó á su compañero la propiedad de las maderas, el uso de los navios, la época de su construccion, las espediciones que habian hecho fijando sobre todo su atencion en la galería del *Bucentauro*. Mirad, le dijo con voz profundamente triste, los restos de un pasado reinado: este es el buque que ha llevado al último Dux á cruzar el mar. Ahora Venecia es esclava..... mas los esclavos morirán pronto..... ¡Oh! servitud! servitud!.... Y como la víspera salió así que pronunció estas palabras, acompañada del Conde que no podia salir del Arsenal sin gran peligro, saliendo ambos por donde habian entrado, sin haber encontrado á nadie.

Al llegar á la plaza se separaron, dándose cita para dos dias despues. Sus nocturnas escursiones siguieron, citándose siempre en los principales edificios y monumentos cuyas bellezas le esplicaba con admirable inteligencia, al propio tiempo que dejaba entrever su corazon tesoros de sensibilidad. Franz no sabia que admirar mas en ella, si su vasta inteligencia que comprendia tan profundamente todas las cosas, ó su corazon que mezclaba á sus pensamientos maravillas de dulzura.

Aquella muger que se le habia presentado al principio como una fantasia de su imaginacion, quedaba convertida en un sentimiento real. La curiosidad le habia llevado á formar conocimiento con ella, y la admiracion era quien se la hacia continuar, pero la costumbre de verla todas las noches se hizo para el jóven una verdadera necesidad y aunque las palabras de la desconocida eran graves y tristes, hallaba en ellas un hechizo indefinible que le atraia hasta en sueños, llegando en su delirio á no oir mas que sus suspiros, y no ver mas que sus lágrimas. Los sufrimientos que se revelaban en ella imponian tal respeto á Franz, que no osaba suplicarla se quitase la careta, ni le digese su nombre, avergonzándole la idea de manifestarse curioso, cuando ella no le habia preguntado aun el suyo. Esperó á alcanzarlo todo de su buena voluntad, y no á preguntas indiscretas.

Aquella muger parecia comprender la delicadeza de su conducta y complacerla, pues en cada nueva entrevista le probaba mas confianza y simpatia.

Aun no se habia cruzado entre ellos una palabra de amor, pero Franz juzgaba que ella conocia su pasion, sintiéndose inclinada á compartirla. Aquella esperanza casi era suficiente ha hacerle dichoso, y aunque ardia en deseos de conocer á la que se habia hecho dueña de su pensamiento, herido por aquella perfecta belleza que desprendia el cuerpo de la desconocida, dejó á la suerte el que se descubriese.

Una noche que unidos erraban bajo las columnas de San Marcos, la muger máscara detuvo á Franz delante de un cuadro que representaba una muger jóven arrodillada delante del santo patron de la basílica de la ciudad.

—Qué osparece esta muger? le preguntó, despues de dejarle tiempo de examinarla;

—Que es, respondió él, la mas maravillosa beldad que puede concebirse; solo el alma inspirada del artista ha podido crear esta divina imágen, cuyo modelo solo en el cielo puede existir!—La desconocida estrechó fuertemente la mano del jóven: despues le dijo. Yo no conozco cara mas bella que la del glorioso San Márcos, y solo amaré al que sea su viva imágen.

Franz empalideció al oir estas palabras, sintiéndose como herido por el vértigo, pues acababa de reconocer que la cara del santo ofrecia la mas exacta semejanza con la suya.

Cayó de rodillas ante la desconocida, y asiendo su mano la bañó en lágrimas sin pronunciar una sola palabra.

Ahora conozco que me perteneces, le dijo ella con voz débil y conmovida, y que eres digno de conocerme y de mi posesion. Hasta mañana, que os espero en el baile de Servilio. Separándose de Franz, sin pronunciar las palabras sacramentales que terminaron sus entrevistas de otras noches.

El jóven embriagado de alegria vagó toda la noche por las calles de la ciudad, admirando el cielo, sonriendo á las lagunas, saludando á las casas, y hablando á la brisa, tomándole por un loco cuantos le veian, mas él pasaba sin apercebirse de las risas que escitaban sus estraviadas miradas y sus esclamaciones.

ELENA CERRADA.

(Se continuará.)

SERENATA.

—

El rocío que baña
La selva humbrosa,
El perfume gratísimo
Que dá la rosa,
En nada iguala
Al que tu dulce pecho
Tranquilo exhala.

—

Al nacer la alborada,
Los ruiseñores
Cantan en la enramada
Nuestros amores,
Y sus cantares
Tornan en alegrias
Nuestros pesares.

—

Murmuradores rios,
Bellas cascadas,
Gigantescas encinas,
Cumbres heladas;
Bosques umbríos
Recoged en la tarde
Los ayes mios.

—

Estrellas refulgentes
De noche en calma,
Del corazon destello,
Que alegra el alma,
Decidme ahora
Dónde está mi adorada,
Si canta ó llora.

—

Olas que riza el aura
Y que en la arena
Estienden blanca espuma
De perlas llena,
Hasta su oido
Llevad tranquilamente
Vuestro gemido.

—

Enamoradas aves
Gorgeadoras,
Sed de estas bellas flores
Las portadoras,
Y allá en su lecho,
Ostentad sus colores
Sobre su pecho.

—

Templad las tiernas liras
Bardos del cielo,
Y decidla vosotros
Mi dulce anhelo
Lo que la adoro,
Y que tan solo ella
Es mi tesoro.

—

¡Adios, bella sultana
De mis amores,
Que ya viene la aurora
Con sus colores!
La luz del dia
Separa á los que se aman,
Paloma mia.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

LA PRIMERA PASION.

—

(Continuacion.)

Así continuaron, hasta que una órden de la direccion del ramo á que pertenecia Arturo vino á sumirle en la desesperacion. En ella se le mandaba partir inmediatamente para las Provincias Vascongadas á donde era destinado con aumento de sueldo. Tal fué el efecto quele causó una contrariedad semejante, que á punto estuvo de abandonar su carrera, á trueque de no separarse de la muger en quien tenia concentrada su existencia toda: á tal estremo le conducia su imaginacion al ver echados por tierra todos sus planes; por fortuna no sucedió así, resignado con su suerte, resolvió prepararse para el viaje y lo primero que hizo fué despedirse de la familia de Mendialdúa.

¡Qué diferentes sensaciones produjo la noticia en aquella casa! D. Nicolás se enterneció sobremanera, pues apoyaba las relaciones con su hija. porque queria entrañablemente á Arturo, y como hombre de juicio, apreciaba en lo que valian las relevantes dotes que poseía el jóven. D.ª Esperanza aunque aparentaba tristeza esteriormente, oyó con gusto la nueva que le dejaba espedito campo para sus planes maquiavélicos. María estaba poseida de un verdadero dolor, y al marchar Arturo le acompañó hasta la escalera con el fin de hablarle.

—¿Te vás, y nada me dijiste ayer? dijo María porrumpiendo en sollozos.

—Sí, María, esta órden recibida esta mañana así me lo previene. Me marcho lejos de tí, tal vez no te vuelva á ver; pero te llevo grabada en mi alma. No me olvides.

—Eso no cabe en mí, repuso María. Escríbeme doquiera te halles para que me sea mas llevadera tu ausencia.

—Así lo haré; pero prométeme cumplirlo tú tambien.

—Lo prometo y en prueba de fidelidad toma este clavel blanco, símil de la pureza

de mi cariño. Estímale, que es mi flor predilecta.

Y entrególe un lindo clavel, besándolo antes varias veces.

—No se separará nunca de mi pecho, dijo tomándolo Arturo.

Media hora despues, estaba María asomada al balcon desecha en llanto, y fijos sus ojos en el sitio por donde acababa de marchar Arturo.

VII.

Dos meses habian trascurrido yá, sin que María recibiera noticia alguna de Arturo. Temerosa por tal tardanza, escribió tres ó cuatro cartas sin que tuviera contestacion á ellas. La desconfianza iba tomando proporciones en su pecho á medida que pasaba el tiempo.

Arturo á la vez no podia darse razon de como se hubiese tan pronto olvidado María de cumplir la palabra que le dió de escribirle pues respuesta alguna no recibia al sin número de cartas que le dirigiera; pero no desconfió nunca de su cariño, como lo hizo aquella, porque su amor era puro y leal, dones preciosos que adornaban el alma de Arturo.

Avecillas incautas, cayeron en las garras del gavilan, y no supieron preveer sus asechanzas.

Inmediatamente de la partida de Arturo, se tramó un complot entre D.ª Esperanza y el marqués. Este logró á fuerza de desembolsos apoderarse de las cartas de Arturo por medio del cartero, á quien amenazó tambien con la pérdida del destino sino accedia á ello. Aquella cebó con buenos regalos á la doncella de María, la que por temor de ser despedida de la casa, y en cambio de las dádivas entregaba á su señora las de su hija, al ir á echarlas al correo.

He ahí por qué no llegaban á su destino las epístolas amatorias de ambos.

La tristeza iba apoderándose de María, la que pasaba dias enteros sin salir apenas de su aposento y sumida en el mayor desconsuelo.

—Esta es la ocasion oportuna, dijo para sí Doña Esperanza uno de tantos dias que se escuchaban de fuera del gabinete de su hija los quejumbrosos ayes que exhalaba su dolorido pecho. Y abriendo la puerta entró precipitadamente para sorprenderla.

—Muy bien, María, así aprecias las lecciones de mundo que te doy para tu felicidad. Fuiste sorda á las advertencias que te hice antes que comenzaran vuestras relaciones, y hoy sufres las fatales consecuencias de un atroz desengaño. Esa es la recompensa que te dá Arturo á tus amorosos afanes. Fia en la juventud. Recuerda que fueron estas mis palabras las que dije cuando aun era tiempo de evitar lo que ha acaecido. Cuánto mas venturosa no fueras al presente si aceptado hubieres el cariño del marqués! Pero aun es tiempo; olvida para siempre á Arturo y cede á los ruegos del marqués que, constante siempre, no ha perdido la esperanza de conseguir la felicidad mayor para él, que es la de llamarte su esposa.

—No puedo olvidarle, contestó María con acento compungido.

—¿Y serias capaz de continuar queriéndole á pesar de que él te haya abandonado?

—¿Quién me asegura que ya no me ama?

—¿Y si su corazon fuera de otra muger?

—Imposible.

—¿Resistiria tu creencia á una prueba verídica?

—¡Ah! entonces.....

—Pues bien, para que veas que tu madre no desea tu infortunio, la tendrás, yo te lo prometo.

Y se ausentó Doña Esperanza para ir en busca del marqués que le aguardaba en el salon y darle cuenta de la anterior escena.

—La cosa marcha con viento favorable dijo D.ª Esperanza.

—¿De verás? repuso con júbilo el marqués.

—Ahora no falta sinó que agucemos nuestro ingenio. Le he prometido presentarle una prueba en que se patentice el amor de Arturo por otra muger.....

—Ya tengo una idea, interrumpio el marqués.

—¿Cuál es?

—Muy sencilla. Una carta dirigida á María por cualquier muger en la que le diga, que en mal hora espera nada de Arturo, pues ella vá á ser pronto su esposa, como lo atestigua otra carta que debe acompañar á la primera y que diga Arturo á esa supuesta muger, que en regresando de su viaje, dejarán de ser ilícitas sus relaciones amorosas pues las santificará el matrimonio.

—¡Magnífico! A ver pues si mañana mismo puedo ya presentárselas.

—Sin desperdiciar momento voy á mandarlas hacer.

Y se despidieron satisfechos del nuevo triunfo que esperaban alcanzar.

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

(Se continuará.)

Valencia: Imp. á cargo de R, Ortega, Cocinas. 1.